

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 322

Barcelona, 20 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

La impre- sión produci- da en el Esta-

do Mayor del general Franco por la fuerza renovada de los ejércitos de la República es tan grande que Franco ha retrasado definitivamente la ofensiva que había proyectado.

Lo que hay detrás de los golpes de efecto y de las grandes frases del Duce

UN PUEBLO ATEMORIZADO POR EL PELIGRO DE LA GUERRA.
LOS PEQUEÑOS CAPITALISTAS PRESA DEL PÁNICO

Mussolini ha abandonado la Sociedad de Naciones con elegancia. Quien no haya leído la prensa italiana de estos últimos días no puede imaginarse la inusitada violencia de los ataques que, por orden del amo, se han lanzado contra una institución de la que su país ha formado parte durante dieciocho años y cuya acción ha apoyado en tanto que ésta no estorbaba a los designios fascistas de rapiña. Los escritorruelos del régimen han olvidado, naturalmente, que Italia se unió, en 1931, a la condenación de la primera agresión japonesa en China. Además, ¿no escribió el mismo Mussolini, en 1934, un violento artículo contra el imperalismo del Japón, que dio lugar a una protesta inmediata del Gobierno de Tokio?

Imitando la inconsciencia y la brutalidad de su jefe, los periodistas italianos parecen haber perdido todo comedimiento. Descubren que Ginebra no es más que una «Santa Alianza destinada a impedir a los pueblos jóvenes la conquista de un lugar al sol» («Gazzeta del Popolo»). Según el «Popolo d'Italia», Mussolini ha sido «grandioso» en su generosidad y en su paciencia

«dando a los charlatanes del Lemán todo el tiempo necesario para arrepentirse». El autor de esta diatriba, un tal Polverelli, antiguo funcionario del Ministerio de la Prensa, periodista sin talento y hombre de confianza del Duce, felicita a su jefe por haberse librado de un conjunto de lazos «torpemente conservadores, para colocarse entre los pueblos que no toleran el veto de los demás a sus ambiciones». En cuanto a Farinacci, del «Régime Fascista», ve en la Sociedad de Naciones el aparato de guerra de los francmasones y de los judíos, y se alegra de que su país haya salido de allí «dando con la puerta en las narices a los provocadores, a los impostores y a los solemnes imbéciles».

Todas estas amenidades se acompañan de amenazas, apenas disfrazadas, de recurrir a las armas contra no sabemos quién ni qué. Exhalan, sobre todo, la rabia impotente de un gobierno arruinado, atenazado por las necesidades económicas apremiantes, sediento de prestigio o de imposibles conquistas, y, sobre todo, deseoso de engañar a una opinión pública que se impacienta y a un pueblo que sufre.

LOS ULTIMOS CARTUCHOS

La ruptura con Ginebra ha producido en el pueblo italiano, y sobre todo en los pequeños capitalistas, un verdadero pánico. Se convence de que Mussolini conduce a su país a la guerra y de que ésta es inevitable. Hasta se murmura la fecha: el comienzo de la próxima primavera...

Los ricos, que desde hace tiempo han perdido la confianza en el régimen, han comenzado a tomar medidas para proteger sus bienes. Todos los que pueden hacerlo, exportan sus capitales de contrabando. Recientemente el pánico ha dado lugar a que se retiren precipitadamente de los bancos los depósitos en cuenta corriente. El rumor que circuló la semana pasada sobre un inminente estampillado de los billetes con reducción de su valor produjo, como es lógico, un efecto deplorable. Esta vez, a los rumores de guerra se ha sumado el temor a las medidas desesperadas que se dice han sido estudiadas para remediar la penuria del tesoro. Se habla ahora de un descuento sobre las cuentas corrientes y de hacer el inventario de las cajas fuertes regaladas a particulares. El gobierno, que desmintió oficialmente lo del estampillado, no ha contestado a la nueva alarma producida sino con un mentis vago e indirecto. Ha anunciado en una hojilla financiera

que no se trata de crear un nuevo impuesto sobre el capital, y que los capitalistas extranjeros pueden venir con confianza a Italia a buscar asilo ante las amenazas dirigidas contra la propiedad (sic).

Todas estas noticias más o menos tendenciosas y los desmentidos con que se acompañan arrojan cada día más luz sobre la desesperada situación de la hacienda italiana. En 1938 será preciso que Mussolini, que ya ha sangrado a su país a más y mejor, encuentre nuevos recursos en el interior para hacer frente a las necesidades normales de los servicios públicos, y al déficit del presupuesto, que aumenta sin cesar. Será, sobre todo, necesario que encuentre el oro, que no tiene, para comprar en el extranjero materias primas indispensables, cuya entrega a crédito ha hecho imposible su política de violencia.

Para llenar las arcas vacías del Banco Nacional, para poner en marcha la «Casa Italia» desprovista de toda clase de recursos, no bastan los golpes de efecto, los desfiles sensacionales en la plaza de Venecia, ni las ruidosas amenazas contra la paz.

ANTONIN POGGIO

(«La Lumière», 17-XII-37.)

«Nuestro deber es influir cerca del Gobierno francés para que adopte una política de solidaridad efectiva a la República española», afirma el diputado Ziromsky

Madrid, 17.—Antes de salir para París el camarada Ziromsky ha hecho las siguientes declaraciones:

—Estoy seguro de la victoria final de la España republicana. Tenía ya esta convicción antes de nuestra victoria; y ahora me la llevo reforzada. Y la llevo reforzada al ver ese ad-

mirable Ejército de la causa española, surgido de la misma entraña del pueblo obrero y campesino.

He podido constatar los esfuerzos con que el Gobierno republicano ha estado dotando al país de una estructura sólida, de una organización totalmente enfocada hacia la guerra y

ESTE DIARIO SE
REPARTE GRA-
TUITAMENTE

hacia la victoria. Y se ha reforzado mi convicción en la victoria de la España republicana al ver de nuevo esa población de Madrid llevando al más alto grado el espíritu de sacrificio y abnegación de la raza española. Sí; la victoria es segura; y deber nuestro, de los socialistas internacionales, es acelerarla influyendo en el Gobierno de la República Francesa a fin de que adopte una polí-

Tenemos un gran Ejército

Lo reconoce hasta «The Star»

Londres, 18. — En una nota publicada por «The Star» se dice: «Mr. Attlee tiene perfecta razón en felicitar al Gobierno español por su energía y por la reorganización de sus fuerzas. Incluso los burós de guerra que han ayudado o favorecido la causa de Franco han recibido recientemente informaciones que emanan de los observadores que se hallan en los frentes españoles y que confirman la opinión de Mr. Attlee. La impresión producida en el Estado Mayor del general Franco por la fuerza renovada de los ejércitos de la República es tan grande que Franco ha retrasado definitivamente la ofensiva en gran escala que había proyectado. Habrá que esperar ahora cinco o seis meses antes de que esta ofensiva se emprenda, a menos que el Gobierno tome la delantera.»

«The Star», como otros periódicos liberales o del centro, de Londres, mostraba una tendencia a hacerse eco de la propaganda del Gobierno, según la cual «Franco lleva la ventaja». La visita de Attlee da un impulso conveniente a la publicación de los hechos exactos.

tica de solidaridad efectiva que salvaguarde al mismo tiempo los intereses de la República Española y de la Democracia internacional.

Nuestro deber es hacer cuanto podamos para poder rectificar esa lla-

mada No Intervención, que sólo ha servido para facilitar el juego al fascismo internacional y ha perjudicado mucho al pueblo español, que se bate gloriosamente por el porvenir de toda la Humanidad.

La hora que pasa

PARTES DE GUERRA

Los partes de guerra tienen una sobriedad extremada y conveniente. No hay en ellos literatura. No cabe en ellos, tampoco, ni optimismo ni pesimismo. Se ciñen, escuetamente, a la realidad de los hechos. Sin comentarios. Sin aludir más que a objetivos ya conseguidos o próximos a lograr. Y aun en este aspecto, son parcos los partes oficiales de guerra. Porque se da el caso, alguna vez, de que se retrasa prudentemente la noticia de una victoria conseguida por el Ejército Popular.

Hasta las crónicas de los corresponsales de guerra de los periódicos y las noticias que mandan las agencias periodísticas a las redacciones, sin llegar a la sobriedad oficial, son comedidas y ecuanimes.

Contrasta esta conducta con la estúpida euforia de los comunicados oficiales de los facciosos y con su jactancia en sus charlas por radio y ante los periodistas extranjeros que hacen información en la zona rebelde.

Anunciaron, hace ya más de un año, que Madrid iba a ser tomado, y la gloriosa villa castellana, capital de la República, por derecho histórico y después del 19 de noviembre del 36, por el derecho que le concede su heroico y ejemplar comportamiento, continúa siendo el muro de acero en que se estrellará el fascismo internacional.

Esta medida ponderada en la interpretación de los hechos, esta disciplina de guerra en el comentario de los acontecimientos que se desarrollan en los frentes de combate, este sentido de la responsabilidad, claramente acusado en los partes de guerra, no los tuvieron siquiera los Gobiernos y los Estados Mayores de los países que intervinieron en la guerra europea.

Si entonces se hubiera hecho la estadística de las bajas, prisioneros y material copado al enemigo, que mencionaban los partes y crónicas de guerra de uno y otro bando beligerante, se habría llegado a la cómica conclusión de que rebasaban el número de seres que habitan el mundo y sobrepasaban la cifra de armamentos y máquinas bélicas que podían haber fabricado, durante un siglo, todas las fábricas de guerra del universo.

Pero lo que los partes oficiales de guerra de la España leal no dicen, lo intuye la opinión pública. El pensamiento de la retaguardia está concentrado en los frentes de lucha. Y aunque oficialmente no se declare, siguiendo una norma de conducta y una serenidad en la que reside la mayor fuerza de la República, la retaguardia sabe que el triunfo definitivo de la causa del pueblo ha entrado en su primera fase.

(«Mañana». Barcelona, 19-XII-1937.)

M. Claude Farrère o la imparcialidad

M. Claude Farrère, de l'Académie Française, s'il vous plaît, ha visitado España y ahora, unos meses después de su viaje, obsequia a sus lectores con un libro donde narra sus impresiones, limitándose, según confiesa muy seriamente, a transcribir lo que ha visto, con el buen propósito de informar a sus compatriotas acerca de un asunto cuyo conocimiento, afirma M. Farrère, es para ellos de un interés palpitante e ineludible. «Demostramos una imprudencia sin límites—dice el distinguido escritor—contentándonos con seguir la aventura actual a través de unos comunicados forzosamente contradictorios y de unos reportajes, interesantísimos sin duda, pero de un sectarismo tan manifiesto, que es necesaria mucha ingenuidad para atribuirles algún valor documental. Esto es tan evidente, que casi toda Francia, incluso su gobierno, ignora lo que ocurre en Burgos, Sevilla y Barcelona, como ignora asimismo lo que ocurre en el Kremlin.»

Ante esta lamentable carencia de informadores verídicos que sufre su país, M. Farrère decidió sacrificarse, y habiéndose enterado, con una previsión que pone de manifiesto la cicatera exigüidad de su espíritu, que es fácil y poco costoso viajar por España, se dispuso a visitar nuestro país, con un celo informativo que Francia y sus gobernantes le habrán agradecido como se merece.

Para darse cuenta exacta de lo que hacen y dicen los españoles, «no estará de más—afirma el curioso académico—, recorrer España en breves etapas y en todos sentidos, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, mirando, escuchando y meditando».

Como se trata sobre todo de saber lo que ocurre en Burgos, Sevilla y Barcelona, según nos comunica al principio del libro, este gran paladín de la objetividad viajera elige para inaugurar su económico itinerario, la más adecuada de estas ciudades: ¡San Sebastián! Cualquier cronista de salones hubiera firmado sin inconveniente la descripción con que da comienzo Farrère a sus impresiones de España y que transcribimos casi textualmente:

«San Sebastián. Viernes. Mediodía. El bar Vasco... Un bar español puro sangre. El local, muy estrecho, se desborda sobre la acera. Hay veinte mesitas no mayores que otras tantas servilleras. La calle se mezcla con los consumidores. No hay una silla libre. En rededor automóviles, coches, transeúntes, callejeros ociosos. La vida se derrama por todas partes.

Muchachos, hombres maduros, viejos, mujeres, sonríen y charlan sentados. Oficiales, soldados, falangistas, requetés, lucen la boina roja, la vieja boina carlista o el gorro negro con vivos blancos y la camisa azul oscuro. Cortesía extremada que no excluye la familiaridad. Ni castas ni orgullo. Están ahí para gozar del sol. El día empieza. No se come hasta las tres y se cenará a las diez lo más pronto.»

M. Farrère, que debe de ser hombre comodón y poco aventurero, se deja seducir por ese ambiente de plaza veraniega y no parece extrañar lo más mínimo que, en plena guerra civil, se tome el sol como antes y se llenen, como antes también, los bares de moda. Para seguirse informando, nuestro viajero pasa del bar al restorán, donde por ser viernes impera el plato único, pero no intenta ocultar su sorpresa cuando aparece éste evidenciando lo superficial de esa restricción. «¡Nada de plato único, fuente única!—rectifica—, pues los camareros traen las salsas, adonados y condimentos, y por fin una enorme fuente que contiene una amalgama de distintas carnes, arroz

y col verde capaz de nutrir al doble de comensales.»

Para el ilustre académico, España vista imparcialmente desde San Sebastián es Jauja. Pero el benemérito escritor ha caído entre la gente que come... ¿Su mirada de linco no logró descubrir más allá de esos privilegiados a ningún hambriento?...

De San Sebastián pasa a Bilbao, a Santander, Salamanca, Burgos, Sevilla, Córdoba, etc., según él toda España, sin olvidar una breve y tímida excursión al frente de Asturias, donde los jefes con quienes habla se refieren más de una vez, con sinceridad loable, a la valentía de los mineros. «Son de un arrojo y un valor realmente magníficos», declara un oficial que recibe en Llanes al viajero. «Siguen luchando como el primer día. Aun ayer detuvo nuestro avance un nido de ametralladoras encaramado sobre una roca abrupta. Lo servían cuatro hombres que resistieron hasta el final. Al verse cercados, derribaron las ametralladoras desde aquella altura, lanzándose tras ellas después. ¿Cómo no estimar hombres así?»

A M. Farrère todas las ciudades facciosas le producen idéntica impresión. No advierte un solo matiz que le ayude a diferenciarlas. En todas partes come muy bien y compra barato. Estos dos puntos, que por lo visto le obsesionan, son como las piedras de toque que anulan, al parecer, sus facultades de observación. Habla de los militares extranjeros que toman parte, con requetés y falangistas, en todos los actos y ceremonias oficiales con la misma naturalidad que de los camiones y tanques con marchamo alemán o italiano que halla en su ruta. Nada de esto le extraña. En cambio, parece molestarle extraordinariamente la intervención rusa en las zonas leales, de la que habla en tono ofendido y «ça va sans dire», sin haberlo comprobado objetivamente.

También le horroriza lo que le

cuentan de las cárceles rojas, pero al menos toma la precaución de advertir que no las ha visto y de contentarse, en cuanto a las prisiones de los nacionales, con ver la fachada de una de ellas, al pasar.

Sin embargo, accede a detenerse con los franceses recluidos, evadidos según le dicen, en Zaragoza; sin duda para tranquilizar a su gobierno sobre la suerte de esos desgraciados, afirma que aquella cárcel es agradableísima y repite la frase de un prisionero que se queja de no tener periódicos. ¡Buena prueba del trato liberal que reciben los presos extranjeros!

A M. Farrère, como buen académico, le encantan los epítetos pomposos y los títulos rimbombantes que se pronuncian engolando instintivamente la voz. Por eso, sin duda, no habla una sola vez de Franco sin llamarle con toda solemnidad don Francisco Franco y Bahamonde, generalísimo, caudillo, libertador y otra porción de cosas que, según las noticias que tenemos, deben de venirle un poco anchas al minúsculo general traidor.

Para Farrère, siempre objetivo, Franco es lo que le han dicho que era: durante su recorrido por esa media docena de ciudades, que él llama, sin reticencia ni doblez, «toda España», le han repetido hasta la saciedad esos epítetos, y su imaginación, fácilmente sugestionable, los acepta, preparándose así para esa entrevista con el generalísimo, en la que éste se presenta como una especie de cruzado que, perdiendo la cabeza, se hubiese aliado con sus enemigos los moros. Claro que Farrère no ha percibido esta graciosa contradicción y transcribe estas palabras del iluminado caudillo: «Nuestra guerra no es una guerra civil, una guerra de partidos; es una cruzada: la cruzada de los hombres que creen en Dios, que creen en el alma humana, en el bien, en el ideal, en el sacrificio y que luchan contra los

hombres sin fe, sin moral, sin nobleza, que sólo piensan en el ocio y la pitanza...» Al oír estas palabras, ¿no recordó nuestro entusiasta viajero el bar y los restaurantes de San Sebastián repletos de «requetés» y falangistas y cuya animación hubo de impresionarle tan favorablemente?

«Si—afirma el caudillo—, nuestra guerra es una guerra religiosa. Todos los que luchamos, cristianos o musulmanes, somos los soldados de Dios y no combatimos contra otros hombres, sino contra el ateísmo, el materialismo, contra todo lo que rebaja a la humanidad que quisiéramos ennoblecer, purificar y elevar. Este es el campo de la fe, de la abnegación, del renunciamento. El otro es el campo de los apetitos.» (!!)

Aquí intercala el generalísimo una fábula, por la que explica, a su modo, la incorporación de las tropas africanas a su ejército. Según él, los moros pobres, a quienes se había proporcionado los medios de ir en peregrinación a la Meca, suplicaron al regresar que se les llevase a Sevilla para demostrar allí su agradecimiento, y una vez en la sede de Queipo, el conquistador, como lo denomina Farrère, no resistieron al deseo de ofrecerse espontáneamente y con absoluto desinterés. Franco se olvida, cuando habla con extranjeros, de la proverbial codicia africana y de los botines que suelen utilizarse como anzuelo en esa milagrosa pesca de voluntarios. También olvida otras importantes promesas cuando dice que ha desdenado los créditos ofrecidos por Alemania e Italia para la compra de su material bélico, y que ha podido pagar al contado todos los envíos de fuera...

M. Farrère ha visto en Franco no

sólo al generalísimo, sino también al duce, al dictador, al hombre de Estado... Pero no nos explica el por qué ni siquiera intenta desentrañar la verdadera psicología del caudillo. Este gran paladín de la objetividad tiene un temperamento fundamentalmente dócil y cándido. Le han dicho que los rojos son muy malos, los nacionales muy buenos. Se le cree en seguida, pero para tranquilizar su académica conciencia sin averiar demasiado su bolsillo, se dedica a comprobar personalmente lo segundo, sea a poner con su presencia física el visto bueno en todo lo que quieran enseñar y decir. En cuantos a comprobar del mismo modo lo primero... ¡ah! Eso ya es otra cosa. Eso ya sería demasiada objetividad.

«Esta es España—dice Farrère al terminar su libro—, la España nacional, se entiende. He tenido que dejar la otra a un lado y por eso no hablo de ella.» ¡Bravo, ilustre viajero! Esta declaración nos parece magnífica; pero, ¿no hubiera sido más oportuno consignarla al principio que al final? Por lo menos cuando ella nos podía haber ahorrado una lectura que emprendimos ingenuamente atraídos por el señuelo de esta tan recalcada imparcialidad. Claro que, a pesar de todo, no hemos perdido nuestro tiempo. Gracias a su «Visite aux Espagnols», sabemos que hay que ir a Burgos para enterarse de lo que ocurre en Barcelona, y que, siguiendo este sistema, conviene que nos traslademos a Tokio si lo que nos interesa es conocer Shanghai.

E. DE CA.

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

¿Desconfía Mussolini de Franco?

París, 18.—En ciertos medios políticos franceses circula una opinión que recogemos a título puramente informativo. Se dice en dichos me-

dios que si Mussolini y Hitler ayudan a Franco con menos entusiasmo ello se debe, en primer lugar, a que realmente existe un profundo desacuerdo entre los mandos facciosos y los mandos extranjeros y, por añadidura, la opinión española, en los territorios ocupados por los facciosos, reacciona con mayor hostilidad cada vez contra la arrogancia de las tropas extranjeras.

En segundo lugar, Mussolini y Hitler recelan que Franco está jugando con dos barajas. En los primeros momentos, Berlín y Roma estaban conformes con que Franco tratase con Londres para obtener concesiones y calmar a los conservadores ingleses. Ahora, en cambio, parecen que los contactos de Franco con Londres y las declaraciones del jefe fascioso a la prensa extranjera, según las cuales «ha pagado todas sus deudas a sus amigos extranjeros», preocupan seriamente a Berlín, y más especialmente a Roma.

Ciertos ataques de la prensa fascista italiana contra los elementos franquistas de las derechas francesas e inglesas se interpretan como manifestaciones del malhumor y los celos de Mussolini. Italia amenazaría a Franco con abandonarle a su destino—es decir, a la derrota—, si persiste en su doble juego con Londres. Entre traidores anda el juego. La hipótesis tiene sobrados visos de verosimilitud, aunque, naturalmente, sea de difícil confirmación.

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

NOTA INTERNACIONAL

¿Se espera demasiado?

Toda la prensa inglesa, incluso la más conservadora, juzga excesivamente moderada la nota de protesta enviada al Japón con motivo de los incidentes de Yangtsé. El documento y la declaración de Duff Cooper, primer lord del Amirantazgo, cuando dijo: «Debemos aceptar las excusas del Japón y esperar...», contrastan con la actitud entre cínica y jactanciosa del ministro de Negocios japones. Según éste, las pretensiones de los Estados Unidos e Inglaterra para dar por liquidado el asunto se prestan a discusión. Quizá entre ellas esté el deseo de los yanquis de que el emperador le dé explicaciones a Roosevelt, como jefe del Estado norteamericano. Y ya hemos tenido ocasión de leer que el emperador no puede adoptar semejante actitud, porque es de origen divino...

En efecto, el Estado japonés es una especie de deidad entre religiosa y guerrera, o las dos cosas al mismo tiempo, que se ha apropiado de todos los adelantos de la técnica para ponerlos al servicio de la barbarie. Ya lo advertía Bertrand Russell, con motivo de cierto viaje al Japón, cuando le llamaba un gran pueblo tan grande y tan atroz como el mismo infierno. Allí se ha hecho una fusión monstruosa de lo religioso y lo político que dió por resultado una nación deocrática de ambiciones realmente diabólicas. El partido militar del Japón, incluyendo al Mikado, sueña con dominar tres continentes. La agresión china, según los japoneses, no es más que el principio de una formidable ofensiva que pondrá en peligro la integridad de China, de la U. R. S. S., de Norteamérica, y expulsará de Asia a los europeos. Parece el sueño de un mandarín. Es lo cierto, sin embargo, que los nipones contemplan con demasiada altivez a los países que tienen intereses en Extremo Oriente y que en el primer choque, si las potencias no reaccionan a tiempo, pueden apuntarse muchos tantos de ventaja.

Por lo pronto, los japoneses hablan ya de incomunicar Hong-Kong, que es la posesión inglesa más es-

tratégica del territorio chino. Si el primer lord del Amirantazgo contempla con frialdad los acontecimientos, es porque piensa seguramente que Inglaterra debe esperar a rearmarse y decidir entonces el desenlace de todas las cuestiones que en este instante la inquietan. El problema reside en que no sea demasiado tarde. Claro está que los ingleses conocen perfectamente las dificultades que ha de vencer el Japón para sostener una campaña de tanto volumen como la que han emprendido en China. Lo saben, entre otras razones, porque Chang-Khay-Sek tiene libres las puertas de la Indochina y no es lógico que desaproveche la ocasión de reforzar sus elementos de combate. Mister Cooper, como Mr. Chamberlain y Mr. Eden, sabe también que el poderío del Japón es más espectacular que real, que le corroe una crisis honda y que el desgaste de una guerra le cortará las alas en muy poco tiempo, impidiéndole acometer las empresas guerreras que predica el partido militar hoy en el Poder.

Toda la historia de Inglaterra es un espejo de cautela y de paciencia.

Espera siempre el momento decisivo, como el boxeador que espera el cansancio de su rival para asestarle el golpe definitivo. Pero en este caso el mundo entero se pregunta ya: «¿No es esperar demasiado?» El Japón no está solo, ni sus planes se desarrollan aisladamente. Tiene en Europa aliados tan agresivos y cínicos como él que practican la misma táctica de las guerras parciales y tratan de ganar tiempo y posiciones ante la proximidad de un conflicto que ya tiene que ser universal. Mientras el fascismo amarillo, compuesto por los que llamó Hitler en «Mi Lucha» «esos» diablos amarillos y despreciables—¿cómo cambian los tiempos!— amaga por Asia, los Estados totalitarios de Europa amenazan por Occidente. Las fuerzas de la guerra actúan con resolución, mientras las que aún defienden la paz vacilan y discuten. Decididamente, parece que las democracias esperan demasiado.

El parte del Ministerio de Defensa Nacional

A la amenaza de una ofensiva rebelde prometida a corto plazo en el pasado mes de noviembre y aún no cumplida, corresponde el Ejército republicano con la ofensiva ineludible y cierta en el frente de Levante. Contrasta una vez más el procedimiento diverso-político y militar-seguido por ambas partes en lucha. Franco —pregonero de triunfos y silenciador de catástrofes— mantiene el equilibrio inestable de su retaguardia imponiendo el terror o mostrando a distancia el señuelo de una imposible victoria.

Lo cierto es que Franco ha tardado en dar cima a la campaña del Norte más días que los que dijo y más también de los que pensó. Las ofensivas llevadas a cabo hasta ahora con la ayuda imprescindible de verdaderos ejércitos extranjeros, han durado varios meses. A partir de la toma de Gijón, Franco señaló un plazo a la guerra. Comenzaba lo que él llamó «la guerra de nueve días», tal era la rapidez con que suponía rematar la contienda española.

He aquí que, sin palabras ni promesas o con las palabras justas y la medida cabal de sus fuerzas, el Ejército de la República española se lanza, sin previo aviso, a una ofensiva. En el corto espacio de cuatro días la ciudad de Teruel, baluarte

avanzado del enemigo, ha quedado a merced de las tropas populares. La tenacidad y el arrojo del pueblo español se ponen de manifiesto. También, y esto si cabe aún es más importante, su conducta. En cuatro días Teruel se ha visto y se ha sorprendido atacado, sitiado, perdido. ¿Qué fué de tanta promesa, Sr. D. Francisco Franco Bahamonde, dueño y señor de los ejércitos «nacionales», «caudillo» y «generalísimo» del Imperio?

Queda, insistimos, la conducta; el desigual comportamiento que sigue el ejército faccioso y el que se ha propuesto seguir la República. El bombardeo incesante y estéril de Madrid, si se compara con el deseo del Gobierno legítimo de España en lo que se refiere a disminuir en cuanto sea posible el número de víctimas, bastarían a demostrarlo. La toma rencorosa de la ciudad de Málaga, persiguiendo y ametrallando desde los aviones alemanes e italianos a la indefensa población civil fugitiva camino de Almería, marca la diferencia entre el sistema de venganza puesto en práctica dolorosa por Franco y el sistema de protección y seguridad que se concede, en el parte del Ministerio de Defensa que reproducimos a continuación, a todos los elementos no combatientes que residan en la ciudad sitiada y quieran ponerse a salvo:

TERUEL, A NUESTRA MERCED

Hoy, domingo, de siete a nueve de la mañana podrá salir de la ciudad la población civil sin ser molestada por nuestras tropas

Asimismo serán respetados todos los combatientes que antes de esa hora depongan las armas. — La Muela de Teruel, principal núcleo defensivo, cayó en nuestro poder a las cuatro de la tarde

LOS COMUNICADOS OFICIALES

EJERCITO DE TIERRA. — El cuarto día de nuestra ofensiva en Teruel fué tan triunfal como los tres anteriores. Las tropas de choque, muy escogidas, que el enemigo obligado así a desconectar y retrasar sus planes, ha traído a este frente, extrayéndolas de sus concentraciones, pretendieron varias veces durante la jornada de hoy romper el cerco de Teruel, pero se frustraron por completo sus intentos, que además les costaron muchísimas bajas. Nuestras líneas constituidas por las posiciones conquistadas el miércoles, jueves y viernes, se mantuvieron intactas sin que en ellas se produjese la menor cisura. A este fracaso de los facciosos contribuyó la aviación leal que bombardeó y ametralló a los rebeldes con acierto singularísimo.

A las cuatro de la tarde, cayó en nuestro poder la Muela de Teruel, que era la posición defensiva más importante de la ciudad, desplomándose todo aquel frente. Teruel queda por entero bajo nuestro fuego.

Por la noche, el mando del Ejército, dando libertad a diez de los prisioneros que en número de varios centenares se hallan en pueblos de la retaguardia, los envió a Teruel con el siguiente mensaje, que también fué radiado para conocimiento de todo el vecindario:

«Cumpliendo los deseos del Gobierno de aminorar en lo posible el número de víctimas, las tropas republicanas que tienen sitiada la ciudad concederán y facilitarán la salida de toda la población civil de Teruel, sin distinción de sexo ni edad. La evacuación deberá verificarse mañana domingo, desde las siete a las nueve de la mañana, en grupos no mayores de veinticinco personas, por la carretera de Teruel a Sagunto, la cual no será hostilizada duran-

te esas horas. Cada grupo deberá ser portador de una bandera blanca.

El Gobierno garantiza la vida y la libertad de todas las personas civiles que salgan de la capital antes de las nueve de la mañana, respondiendo igualmente de la vida de los combatientes que, antes de expirar dicho plazo, depongan las armas. Declarado zona de guerra el terreno y los edificios que quedan dentro del cerco formado por las tropas republicanas, serán consideradas como combatientes cuantas personas se hallen dentro del referido recinto a partir de las nueve de la mañana.»

EJERCITO DEL AIRE. — Además de los reconocimientos, bombardeos y ametrallamientos que se hicieron en las proximidades de Teruel para cooperar a la acción del ejército de Levante, nuestra aviación efectuó otros servicios en la zona del ejército del Centro, donde bombardeó las concentraciones rebeldes formadas en los pueblos de Cogolludo y Jadraque.

Todos los servicios, en una y otra zona, se verificaron sin bajas en el personal ni daños en el material.

(«La Vanguardia». Barcelona, 19-XII-1937.)

La complicidad de los rebeldes en el "affaire" de los "cagoulards"

16 toneladas de armas y municiones descubiertas en un garage de París

La policía de París ha anunciado el descubrimiento de un enorme depósito de armas con motivo del complot de los cagoulards. Fué hallado al hacer una excavación en la cueva de un garage situado en un boulevard del Este de París, y se componía de 16 toneladas de armamento. A saber:

500.000 cartuchos.

6 ametralladoras «Hotchkiss», dos de las cuales habían sido sustraídas del depósito militar de Laon.

80 rifles.

30 cajas, conteniendo cada una de ellas una pistola ametralladora alemana y otra italiana, un fusil de guerra y otro de caza.

28 cajas con bombas y una enorme cantidad de cartuchos procedentes de la fábrica de Toledo.

(«The Manchester Guardian», 16-XII-1937.)

París, 16. — Hoy, en el sótano de una casa del boulevard Courcelles, han sido hallados por la policía 30 kilos de melinita, 640 bombas de mano, un fusil ametrallador alemán, fusiles militares franceses y municiones. El portero de la finca, que ha sido detenido, declaró que había guardado este material sin que el propietario del sótano, ausente de París, supiera nada. En una calle de París se ha encontrado un proyectil de cañón de 1,70. Los proyectiles procedentes de la España facciosa encontrados ayer, pasan de cien mil. Las cajas llevan la inscripción siguiente: «Cincuenta cartuchos para pistola ametralladora o 80 Parabellum 9 mm. Fábrica nacional de Toledo.» Hay dos cañones y una corona real como marca de fábrica. El detenido de ayer, Durrieux, ha confesado que había robado explosivos por cuenta del «Csar».

REQUETÉS

Cuando el enemigo habla así...

Con la autoridad que nos da la sangre vertida por tantos miles de nuestros hermanos, vamos a mirar las cosas cara a cara.

Abstraídos en nuestra lucha por Dios y por la Patria, no nos hemos dado cuenta de que estamos entregando nuestro suelo al extranjero. Nuestras fuerzas armadas, nuestras riquezas, nuestras fronteras, las Instituciones del Nuevo Estado, todo está en sus manos. Su insolencia no reconoce límites. Y si esto es ahora que la guerra todavía indecisa les obliga a disimular, ¿qué será después de la victoria?

En larga y cruenta lucha nos opusimos a que los Gobiernos marxistas y masónicos esclavizaran a la Iglesia de Cristo; ¿aceptaremos ahora que la Iglesia sea esclavizada en un Estado modelado por el invasor?

La publicación de la Encíclica «Mit brennender Sorge» (14 de marzo de 1937) dada por nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI ha sido prohibida en la católica España. En ella condena Su Santidad la teoría del invasor de España que pretende que el Estado aplaste a la Iglesia de Cristo. También se ha silenciado la tremenda persecución que en Alemania sufren los sacerdotes católicos y la ola de cieno que sobre ellos ha sido arrojada. Los discursos de los dirigentes alemanes contra la Iglesia han sido ocultados a nuestro pueblo. Mientras que esto hacen en su país, los perseguidores de Cristo son acogidos en triunfo en la España Nacional, donde les entregamos nuestras riquezas, nuestras fronteras y hasta la dirección de nuestras Instituciones.

Abrid los ojos, requetés, y veréis cómo estamos vendiendo a Jesucristo por treinta dineros. Terminada la guerra, la Iglesia española quedará oprimida por un yugo mucho más pesado y difícil de sacudir que el que hemos querido rechazar. Miles de hermanos nuestros han muerto defendiendo la libertad de la Iglesia, no la entreguemos ahora al invasor pagano y ateo. No perdamos de un golpe la Religión y la Patria que creemos defender.

Los aviones y los cañones de varias potencias extranjeras, desde ambos campos, arrasan nuestras ciudades, asesinan sacerdotes, religiosos, destruyen iglesias y destrozan niños y mujeres españoles, algunos con nuestra ayuda; para todos ellos esto no es más que un ensayo y España se está convirtiendo en el campo de batalla de la nueva guerra mundial.

Mientras tanto en el campo rojo la verdad ha comenzado a abrirse paso; cada vez más los españoles engañados por el marxismo combaten contra el invasor extranjero; la pretendida revolución ha muerto. Los dirigentes rojos se ven obligados a apoderarse cínicamente de nuestros lemas patrióticos.

¡Atrás el invasor anticatólico! ¡Viva la Iglesia de Cristo!

¡Arrojemos de España a todos los extranjeros!

¡¡Por Dios y por la Patria Española!!

Los requetés del 18 de Julio.

LA REACCION CONTRA EL INVASOR EN LA ZONA REBELDE. — He aquí un documento altamente significativo de la descomposición que viene operándose en la zona rebelde. Este documento es prueba de la reacción contra el invasor en la zona rebelde y demostración de la grandeza de nuestra lucha.

(«La Vanguardia». Barcelona, 19-XII-1937.)

Un gran alemán: el Profesor Schroedinger

Es humillante para todos los que dicen ser alemanes, el cínico ataque del «Schwarzen Korps» del 18 de noviembre contra el profesor Max Planck, por haber propuesto para el premio Nobel al profesor de Teoría Física de Graz, Schroedinger. Hay que afirmar una vez más que Hitler no es Alemania, y que en el mundo científico es conocido el profesor Schroedinger como un verdadero alemán en toda la extensión de la palabra. Si no da ya clases en una universidad de su patria es porque la libertad de la ciencia está tan anulada como la libertad de los ciudadanos. Durante las últimas semanas hemos tenido ocasión de conocer a los enviados por el Tercer Reich a los congresos científicos celebrados durante la Exposición Internacional de París. En cuanto se les ponía delante un hombre de ciencia de un país libre, callaban; lo que no sabemos es si ese silencio era obligado o no. Es un error comparar a estos enviados con los verdaderos científicos. El hecho de haber sido concedido este año el premio Nobel a Schroedinger demuestra que, a pesar de la opresión que existe

en el Tercer Reich, aún quedan hombres con voluntad propia para pensar y con el suficiente valor para expresar esa misma voluntad. El ataque de Himmler contra el profesor Max Planck va igualmente dirigido contra todos los miembros de la comisión, por haber contribuido a la concesión del premio a su colega Schroedinger. Vemos con gran satisfacción que esos hombres de ciencia alemanes han emprendido una viva campaña contra el Tercer Reich. ¿Puede creer alguien que un régimen cuyos escritores a sueldo califican a Einstein de «viejo majadero» cuente con la aprobación y simpatías de las más grandes inteligencias alemanas? Tanto el profesor Planck como Schroedinger pueden estar seguros de que la mayor parte de nuestro pueblo, no sólo les considera como guías de la ciencia germana, sino que los honra como legítimos alemanes. No les olvidaremos en nuestra lucha.

Prometemos colocarles en el lugar que tan legítimamente les corresponde.

(«Deutsche Volkszeitung», 5-XII-1937.)

NOTAS

La retaguardia de Franco

Hoy inicia su colaboración en «La Vanguardia» un ilustre periodista que oculta su personalidad oficial con un pseudónimo. Llamamos la atención de nuestros lectores sobre esta firma, que nos dirá cosas interesantes en sus artículos de colaboración.

Todos los testimonios que nos llegan de la zona rebelde son, como se sabe, testimonios de crueldad. Sin negar interés a esas versiones dramáticas, sobre cuya veracidad no hay duda, cabe preguntar por aquellos otros datos de valor político que nos consentirían conocer el grado de fortaleza de la retaguardia de Franco, datos en que no son muy abundantes las declaraciones de los evadidos de la España rebelde. Este déficit de noticias tiene dos explicaciones. La necesidad en que se encuentran nuestros camaradas de conservarse ocultos y la más profunda impresión que causa en ellos el conocimiento de castigos y sanciones que parecen referidos a la alta Edad Media. En este punto, la crueldad continúa superando sus marcas anteriores. Ultimamente... Considéntaseme que vacile. Llega uno a no saber si es lícito dar a la publicidad esas noticias. Una vergüenza animal, al margen de las posiciones políticas, nos coacciona. Ultimamente fué hecho prisionero un maestro nacional. Quienes lo detuvieron le hicieron un proceso de burlas, sarcasmos y culatazos. Y discurririeron, como pena, la que juzgaron que mejor convenía a su profesión. El prisionero debió descontar su muerte. Se puso a esperarla con serenidad. Estorbaba toda invocación humanitaria y se impuso la obligación de no hacerla. Pero al comenzar a cumplirse la sentencia, el horror se le escapaba por los ojos y la boca se le llenó primero de imploraciones y después de gritos de dolor. Empujado por las culatas, fué haciendo el camino de la muerte, dejando en la carretera, a cada paso, una huella de sangre y un grito. Hasta que se quedó sin sangre y sin gritos. Sus verdugos, atendiendo a su profesión de maestro, ¡acordaron herrarle! Y así que llevaron a cabo la operación, le obligaron a caminar hasta desangrarse... Se comprende que quienes se han procurado, a título de testigos, informaciones de esa naturaleza, no estén en condiciones de pararse a inquirir aquellas noticias que nos servirían para conocer, con mayor exactitud, cuál es el temple y la solidez de la retaguardia de Franco. Esas noticias, pese a todo, existen. Con ellas a la vista cabe adelantar esta afirmación: que la retaguardia de Franco padece una tremenda descomposición. No es por una veleidad complaciente por lo que Martínez Anido recibió de Franco el encargo de velar por el mantenimiento del orden público. Está bien claro que ningún español ignora la biografía del general que en Barcelona remedó, estilizando los bárbaros métodos que por los años de la carlistada puso en práctica el Conde de España. Martínez Anido es, para la retaguardia de Franco, una promesa de terror permanente. El recurso, en cuanto ha sido considerado necesario, implica el reconocimiento de un peligro. Este peligro está latente en el remozamiento de las ideas

liberales. En el propio corazón de Castilla, donde la crueldad sobre ser más alta se sistematizó con furor, la inmensa mayoría de las conciencias se sienten disidentes. No toquemos al Norte, a Bilbao, por ejemplo, cuya hostilidad por los invasores, allí de preferencia alemanes, ha hecho decir a Franco que «su indiferencia no justifica los sacrificios hechos para conquistarlo». Esta disidencia colectiva en la que fermentan los proyectos más ambiciosos, diferidos para una ocasión propicia, no es, en el cuadro de la descomposición de la retaguardia fascista, más que el fondo. Sobre él se proyectan una serie de querellas gravísimas, a las que el decreto de unificación de requetés y falangistas, lejos de dar solución, ha proporcionado impulso. No son esos, sin embargo, los únicos contendientes, aunque sí son los más enconados, por disponer de las armas. Subsiste, sin liquidación posible, el juego de las intrigas, a cargo de los viejos valores monárquicos y pseudorrepúblicanos, que no se resignan a ser arrollados por los gerifaltes de la nueva Falange. Queda algo más y no exento de interés. La enemiga, solapada y activísima, de italianos y alemanes, incompatibles entre sí y repudiados en bloque por los combatientes nacionales. «Salamanca, según la frase de un viejo adherido a la Falange, es una Babel de ambiciones y querellas.» Algunas de esas querellas han tenido una rotunda liquidación sangrienta, estimulada, en parte, por los consejeros inmediatos de Franco, su hermano Nicolás y su secretario diplomático Sangroniz. Esas corrientes encontradas han llegado últimamente hasta la Cartuja de las Huelgas, donde mediante un acto cuidadosamente teatralizado, se ha buscado unificarlas. Al tiempo de los juramentos solemnes, los requetés de Navarra proclamaban, mediante hojas violentas, su resolución de expulsar de España a los invasores y más concretamente a los invasores alemanes. El tradicionalismo navarro rechaza toda solidaridad con los perseguidores de la fe de Cristo. Todo hace presumir que la Virgen de Estella se sienta belicosa, mucho más belicosa con los protestantes que con los rojos. Son muchos los evadidos que lo certifican. El signo de Navarra está cambiando y quizá ha influido en el cambio el último — y primero — bombardeo aéreo de Pamplona, que sobrecogió a la ciudad al mostrar, por primera vez, en el curso de la campaña, lo que es la guerra. De un lado los extranjeros y de otro las bombas, Pamplona se ha sentido inclinada a intentar una paz separada. En lo que de su voluntad depende, quizá la tiene firmada. Son muchos los requetés que han depuesto las armas. Recientemente fué invitado un grupo de ellos a sumarse a los soldados de la República. Contestaron: «No haremos eso, pero tampoco combatiremos por los alemanes de Franco.» Por sorprendente que parezca, muchos de nuestros camaradas, en trance de buscar la frontera, han encontrado en Navarra facilidades y cordialidades. Meses atrás, su encuentro hubiera sido con la muerte. El montañés navarro ha acabado por congraciarse con el español, por odio al invasor. Ya no

creo en Franco. Pero esta desilusión no es exclusiva del montañés navarro. En Franco ha dejado de creer mucha gente. Su prestigio inicial se desvaloriza rápidamente. Los requetés, por ejemplo, viven del recuerdo de Mola, y los falangistas, educados en la escuela de Primo de Rivera, se concentran en derredor de Queipo de Llano. Franco tiene de su parte no más que aquellos que han recibido una credencial política, diplomática o policial: la nueva burocracia que, en Burgos y Salamanca, se tropieza y molesta en calles, plazas, cafés y casinos, porque el nuevo Estado, totalitario y jerárquico, no tiene posibilidad de ocuparlos en nada. Y viven de la intriga, en medio de

una desconceptuación pública que se hace, en los medios extranjeros de alemanes e italianos, risas irónicas y menosprecios ofensivos. Queda, naturalmente, el pueblo. El pueblo a quien se le anestesía el luto con toda suerte de invocaciones heroicas y de retratos militares. ¿Cuál es su sentir íntimo? Llegar hasta él sería particularmente difícil si se careciese de los contactos indispensables. Esos contactos proporcionan versiones coincidentes. Para no generalizar, cabe referirse a una, entre muchas, de esas versiones. Tránsito dramático de un eibarrés encubierto de falangista para eludir el fusilamiento, desde Bilbao a una capital aragonesa. En una ciudad castellana pulsa el ambiente. Y se asombra. En la medida que se insinúa, advierte un crecimiento de la pasión republicana. Cada obrero tiene una o varias víctimas que vengar. La seguridad en el pueblo, absoluta. Madrid es palabra mágica. En

tierras de Aragón, el mismo espíritu. El eibarrés no es hombre que se comprometa. Le han alojado en una casa obrera. Una mujeruca cuida de ellos. La conversación se inicia con el tema adecuado. Los crímenes de los rojos, la grandeza de España. La mujer permanece callada. En los ojos le anda una luz extraña. El eibarrés va cambiando el tema. La mujer le mira y le remora. ¿La querrá engañar? Es el momento. Cuando el alojado pronuncia la palabra que les corrige, la mujer se le abraza, llorando le hace la declaración de sus dolores. Le han matado a marido y a los hijos. Días más tarde, el eibarrés, con el pretexto de recoger un cadáver, saltaba de la trinchera faciosa a la trinchera leal. Y hacía, en el despacho del ministro de Defensa, esta afirmación: «Desde Bilbao a Aragón, esa es la retaguardia de Franco.»

FERMIN MENDIETA

En Burgos ha comenzado a nevar

Pierre Bonardi, periodista francés y conservador, ha escrito en el semanario parisino «Gringoire» (17 diciembre 1937) un reportaje sensacional a propósito de su estancia en Burgos. Pierre Bonardi no oculta las grandes simpatías que siente por el «caudillo». Sus lectores se disponen también benévolamente a no disimularlas. Y, sin embargo, a través de este reportaje, en el que se narra, con deslumbradora apariencia, el acto celebrado en el monasterio burgalés de las Huelgas, no aparece el motivo que despierte y justifique el entusiasmo, ni siquiera el asombro. Más bien un íntimo y desolador desencanto es cuanto se advierte leyendo las impresiones de este ingenioso escritor simpatizante del «generalísimo».

La jura solemne de los cincuenta miembros que van a integrar el Gran Consejo de la Falange carece de toda solemnidad. Es una ceremonia gris, opaca, mediocre. «Desde que Franco llega en su automóvil—¡ah! ser general para privarse del prestigio y la belleza de una aparición a caballo!...— hasta que «el caudillo pasa» entre dos filas de admiradores frenéticos pero familiares», todo el acto reviste el mismo sentido casero y mezquino. «Si en uno de los lados del patio en que estamos no estuviese presentando armas una compañía de falangistas, tendríamos la impresión de hallarnos en un grupo de amigos reunidos con motivo de una primera comunión».

Franco no es, no puede ser, un conquistador. Es un hombre minúsculo, apocado. «Su timidez y su reserva son tales que lee de un extremo al otro su discurso hasta llegar a los tres gritos finales: ¡España, España, España! ¡Arriba España! ¡Viva España!»

Así es el «caudillo». Así lo ha visto, por lo menos, su adorador Pierre Bonardi; convertido en colegial aplicado, en hombre sin brío, sin gallardía, como advenedizo encogido y torpe que no acierta a desenvolverse en el resuelto ámbito de la aventura. «En el grupo de cinco formado por Mustafá Kemal, Mussolini, Hitler, Salazar y Franco, estos dos últimos se encuentran en situación de manifestar inferioridad. Franco no tiene ni la mirada magnética ni la elegante desenvoltura del turco, ni el retorcido lirismo del alemán de Austria, ni el magnetismo irresistible del romano. No le queda sino un recurso, que no consiste ni en la desenvoltura, ni en el lirismo, ni en el magnetismo. Únicamente en el triunfo por el trabajo».

En cuanto a los retratos que hace Pierre Bonardi de los personajes adocenados que rodean al «caudillo», bien merecen ser destacados:

QUEIPO DE LLANO

«Un rayo que cae del cielo se refleja en un sombrero de copa. Un sombrero de copa cuyas alas sobrepasan la punta de la gorra inglesa del general Queipo de Llano. Nos damos cuenta de lo alto que es el general Queipo de Llano. Pero el portador del sombrero de copa es el Embajador de Alemania, que, con su sombrero puesto, medirá dos metros bien cumplidos. El Embajador de Alemania está allí con dos oficiales vestidos de kaki y con tres camisas negras que representan a Italia. ¡Esto es todo!»

Primeramente me dirijo hacia Queipo de Llano, porque es sin duda el más visible y también por ser una de las personalidades más pintorescas de esta terrible aventura.»

MILLAN ASTRAY

«Me encamino después hacia un hombre por quien profeso una profunda veneración.

Seco como un sarmiento, con su rostro mutilado, cruzado por profundos surcos, pero animado por el monóculo: Millán Astray.»

MARTINEZ ANIDO

«He aquí al militar más sutil, sin duda, de todos los ejércitos del mundo. Es Ulises quien pasa. Un Ulises pobre, rechoncho, de mirada astuta: Martínez Anido.»

URRACA PASTOR

«El caudillo ha formado su Gran Consejo con tanto corazón como delicadeza.

La tercera consejera lleva puesta la gran peineta aragonesa (?) y la mantilla de blonda: Doña María Rosa Urraca Pastor.»

La unidad más perfecta se manifiesta en la retaguardia faciosa. Por lo menos entre este grupo reducido de amigos no existen o no se manifiestan las desavenencias: «¿Qué decís? ¿luchas entre generales? ¡Ahí están los generales! Entre hombres políticos y grandes funcionarios? ¡También están ahí! Entre requetés, falangistas y sindicalistas? Sus jefes, sus apóstoles, sus becillas están ahí. El clero está representado por el propio Cardenal Primado de España y por todos sus acólitos provinciales en trajes morados.» «Todos están ahí. Desde Yagüe a Jordana. No se ven más que caras abiertas, confiadas, decididas. Si existieran celos entre unos y otros serían tan visibiles como los copos de nieve que comienzan a caer.»

Todos están ahí, en efecto, en el patio frío del viejo Monasterio de las Huelgas. Dando diente con diente como el Cid en su agonía. «La guerra civil española no puede prolongarse sino debido al mal tiempo. «Por lo demás—añade y termina Pierre Bonardi—, Franco es sin duda alguna el vencedor».

Sólo que en Burgos ha comenzado a nevar...

La fantasía de un periodista italiano

Roma, 18.—«Il Régime Fascista» publica una larga correspondencia, fechada en San Sebastián y firmada por Giovanni Artieri. Este señor conmemora la muerte del periodista Sandro Sandri en China, durante el bombardeo del cañonero norteamericano «Panay». He aquí cómo presenta al «heroico» Sandro Sandri: «Sandro Sandri quería la guerra y odiaba, como todos nosotros, los perfils íntegros de las casas sobre las que no había caído una sola bomba o a las que no había llegado un cañonazo; odiaba las campañas en que no se encontraban soldados; los muros sin sacos terrores; los tejados sin fortificar y las ventanas sin ametralladoras. En esta guerra de España, Sandro Sandri había encontrado lo que quería. Había vivido los prin-

cipales combates de Irún y San Sebastián, con su fusil-ametralladora. Quería entrar en Madrid en un campo de combate.» El panegirista añade que este «periodista legionario de Mussolini» había pedido permiso para entrar en Madrid con los tanques que acompañaban a los marroquíes, hace un año. «En efecto—confirma Il Régime Fascista—los tanques italianos iniciaron el asalto a la Ciudad Universitaria, en la calle de Isaac Peral. Los defensores de Madrid no habían sido organizados todavía, bastaba un solo regimiento para acabar con la defensa de Madrid. Pero los carros italianos llegaron hasta la Puerta del Sol (?), quedándose solos porque las demás tropas que tenían que entrar se negaron a avanzar».